

pacion de esta casa y la de los Trinitarios nos aseguraban la de la muralla intermedia. Hacíamos comunicaciones por todas partes en las casas que ocupábamos; se cerraba, se aspilleraba, se hacían cortaduras con sacos á tierra ó sacos de lana cuando era necesario. Los sitiados volvieron á atacar por la noche á Santa Engracia, y con mas resolucion las casas de la derecha, en las que no habíamos formado sino algunas barracas, cuyas comunicaciones, agujereadas de tabique en tabique, eran un completo laberinto; pero fué rechazado en todos los puntos. Generalmente, en el momento que habíamos hecho algun adelantamiento en la ciudad, tocaban la campana los españoles para reunir sus tropas: venian al instante á atacarnos en nuestras nuevas conquistas, y algunas veces lograban arrojarnos de los puntos en que habíamos avanzado, sin haber tenido tiempo de abrir comunicaciones en las casas, de cerrar las puertas y ventanas, de hacer aspilleras y formar travesas en las calles para pasar de una manzana de casas á otra. Los resultados de este dia fueron tomar quince bocas de fuego y 200 hombres, matar á lo menos 600 españoles, y ocupar en la ciudad una estension doble de la que teníamos. Por desgracia nos costaron estas ventajas muy caras, pues perdimos cerca de 600 hombres (1). Influyó mucho en esta enorme pérdida el imprudente ataque de la guardia de la trinchera, que corrió á morir inútilmente sobre una muralla (2) que no le ofrecía abrigo alguno contra el fuego de las casas. Fueron heridos muchos oficiales de ingenieros; y el capitán Secónd, jóven de un mérito particular, recibió un golpe mortal sobre la brecha. Esta guerra de casas casi incombustibles ofrecía grandes ventajas á los defensores contra los asaltadores; todas las paredes estaban aspilleradas con prevención, y en todos los pisos; las puertas y ventanas bien cerradas; las calles enfiladas en toda su longitud por baterías detras de las travesas, fuera del alcance de nuestro tiro; finalmente, todas las comunicaciones bien hechas. Previmos que el acometer á viva fuerza á un enemigo preparado de este modo, á cubierto de sus aspilleras, y animado de la firme resolucion de defenderse hasta morir, seria una temeridad que nos costaria mucha sangre, sin poder responder del éxito. Resolvimos, pues, caminar á cubierto en cuanto nos fuese posible para atacar á un enemigo encubierto, y marchar lentamente, pero con seguridad, para no acobardar las tropas con pérdidas demasiado considerables y frecuentes (3).»

Aquí vemos á Rogniat confesar que los franceses no hubieran conseguido posesionarse de la capital de Aragon, á seguir combatiendo cuerpo á cuerpo con los héroes que la defendian. El baron es ingénuo y dice bien: sin la guerra subterránea y la peste, nada significaba para Augusta el férreo valladar de bayonetas con que cincuenta mil guerreros la cercaban; nada las cien bocas de fuego que lanzaban sobre ella el esterminio, la desolacion y la muerte; nada la sabida pericia de los mariscales franceses y demas generales del imperio que habian postrado á sus pies las primeras potencias de Europa; nada haber ocupado un buen trozo de aquellas debilísimas tapias y haberse internado una parte de las huestes enemigas en las primeras calles inmediatas. El *hostis habet muros* de Virgilio no significaba en aquel pueblo, como en el fundado por Dárdano: *ruit alto á culmine Troya*.

Los dias 28 y 29 consiguieron los franceses por su derecha apoderarse de algunas manzanas de casas, llegando hasta cerca de la calle de la Puerta Quemada. «La toma de cada edificio, dicen los autores franceses, exijia un asalto formal. Movidos los zaragozanos por el doble estímulo de la libertad y de la religion, se defendian de piso en piso y de aposento en aposento. Los frailes recorrian las calles con las armas en la mano, animando á unos al combate, y obligando á otros á trabajar en las baterías y fortificaciones, haciendo ellos lo mismo con sus pro-

(1) Los muertos *solos* fueron 800 hombres, segun Toreno, y este historiador no exajera, ni merece la tacha de ponderativo cuando habla de victorias ó pérdidas, sea en pro, sea en contra de los nuestros.

(2) Rogniat quiere decir *tapia* y *débil*, voz que está mas puesta en razon.

(3) *Relation des Sièges de Saragosse et de Tortose*, par le baron Rogniat.





DEFENSA EN CASAS Y EDIFICIOS.

pias manos, y ocupándose como en el primer sitio en la fabricación de pólvora y cartuchos. Palafox en una de sus proclamas habia escitado á las mugeres á imitar el valor y genio marcial de las antiguas amazonas, respondiendo á su llamamiento la mayoría de ellas, y obteniendo muchas que se distinguieron recompensas y condecoraciones militares. Los franceses distinguian en las filas de sus enemigos una porcion de damas elegantes, armadas con fusiles, pistolas ó sables, animando á los oficiales con el poderoso ejemplo de una bravura extraordinaria, y acaso con la esperanza de la mas atractiva de las recompensas que puede ofrecer la beldad á un guerrero valeroso.»

La ocupacion de los edificios, cuando eran pequeños y mal construidos, no proporcionaba á los franceses una permanencia segura dentro de ellos; y de aqui su resolucion de apoderarse por todos los medios posibles de algunos conventos que pudieran servirles de plaza de armas. Deseosos de conseguir este objeto, ocupáronse los espresados dias 28 y 29 en continuar las brechas abiertas en los conventos de San Agustín y Santa Mónica en el ataque de la derecha; pero en vano quisieron apoderarse de ellos por asalto. Los franceses fueron rechazados con extraordinaria energia, perdiendo inútilmente muchas vidas al pié de uno y otro edificio.

La manzana de casas contigua al convento de Santa Engracia fué tambien por los propios dias objeto de terrible contienda. Los zapadores franceses atravesaron una callejuela inmediata, introduciéndose en el cuarto bajo de una casa que tenían al frente. Los nuestros ocupaban el resto de la casa, siendo tal el encarnizamiento con que defendian los demas pisos, y los sótanos y graneros del mismo, que no pudiendo el enemigo lanzarlos en manera alguna de los sitios que defendian, puso en el cuarto bajo que ocupaba doscientas libras de pólvora, y pegándola fuego, hizo volar el edificio: de este modo se hizo dueño de él, y aprovechándose del terror producido por la explosion, se corrió á las casas inmediatas, ocupando una buena parte de ellas, aunque no todas las que pretendia.

Mayor fué todavía el empeño empleado por los franceses en apoderarse de



una casa de dos pisos aislada, única que les faltaba ocupar para desembocar en la calle de la Puerta Quemada. El enemigo la embistió dos días con extraordinario vigor, consiguiendo penetrar en uno de sus aposentos mediante la explosión de un petardo; pero los defensores, posesionados del comedor, abrieron aspilleras en él, tiroteándose con los franceses que estaban en la estancia inmediata, sin consentirles salir de allí, mientras otros de nuestros compatriotas subían al tejado y arrojaban desde allí granadas de mano por el cañón de la chimenea. Cansados los franceses de tan inusitada resistencia, dirigiéronse furiosos al sótano para volar la casa según su costumbre; pero los españoles habían también bajado allí llevados del mismo designio, y ni unos ni otros lo pudieron verificar. Trabajóse con este motivo un tenaz y crudo combate, quedando al fin los nuestros el día 31 dueños del edificio disputado.

Entretanto el convento de Trinitarios era objeto igualmente de las más vigorosas embestidas por parte de los zaragozanos. Lo que pasaba allí parece fábula. Al día siguiente de su ocupación dispuso el sitiado, dice Miñano, una salida para desalojar al enemigo del convento, aplicando un petardo á la puerta de la iglesia, mas los paisanos impacientes se ofrecen á romperla, y armados de diferentes útiles y herramientas, salen de la batería circular de la Misericordia, siguen la banqueta de la cortina izquierda, llegan á la puerta y consiguen romperla; pero descubren un revestimiento interior de sacos á tierra que los obliga á retrogradar, dejando en el atrio del convento algunos de sus atrevidos compañeros, al capitán Plaza que los había conducido, y á un virtuoso religioso capuchino, que con la mayor serenidad suministraba el último sacramento á los moribundos.

Constantes en no abandonar su proyecto, se dispone otra segunda salida, y para vencer el obstáculo que frustró la primera, se abrió una cañonera en la tapia de los corrales de la Misericordia, frente á la puerta de la iglesia; pero como la pieza que se había colocado era de corto calibre, no se conseguía demoler el espaldón tan pronto como se quería. La tropa y paisanos preparados para la salida, no pudiendo detener su impetuosidad, se arrojan á la puerta; quieren, separando los sacos, introducirse en la iglesia, mas el enemigo había reforzado el revestimiento con costales de media carga llenos de tierra y bien entrelazados. Este nuevo obstáculo hizo desistir de la empresa, y retirarse á la Misericordia con bastante pérdida.

El tercer proyecto de ataque, concluye el mencionado escritor, era el más seguro, pues á partir de un almacén de la Misericordia, se abrió una galería de mina que llegó hasta debajo del convento, donde se practicaron 4 hornillos que debían cargar 16 quintales de pólvora; pero tuvo que suspenderse al tiempo de proceder á la carga por la escasez de la pólvora, que debió haberse previsto antes de empezar este arriesgado y penoso trabajo (1).

No es cierto, pues, como dicen algunos escritores franceses, que los zaragozanos en su resistencia permaneciesen siempre encubiertos. Tantas temerarias salidas y tan reiterados combates, verificados todos cuerpo á cuerpo, deponen contra tal aserción de un modo demasiado concluyente para que nos detengamos nosotros en hacernos más cargo de ella. Las embestidas contra el convento de que acabamos de hablar llenan de admiración á otros autores, nada parcos seguramente en levantar hasta las nubes las glorias de las armas imperiales. «Un religioso, dicen, hablando de la salida de los nuestros el día 31 contra el mencionado edificio, un religioso llevando el crucifijo en una mano y el sable en la otra, iba al frente de los asaltadores, viéndose las mugeres circular por en medio de una lluvia de balas y granadas, animando á los combatientes y distribuyéndolos cartuchos; pero todo el ardor de aquellos furiosos se estrelló en la bravura juntamente fría é impávida del soldado francés, huyendo en consecuencia los zaragozanos, dejando de-

(1) MIÑANO, *Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal*.--Tomo X, art. Zaragoza.



lante de la iglesia gran hacinamiento de muertos y de moribundos. Por esta sola muestra, añaden, puede juzgarse el grado de energía á que habian llegado los sitiados (1).»

Todo, sin embargo, debia al parecer contribuir á matar en aquellos corazones tan extraordinaria energía, porque nunca menos que entonces podia Zaragoza resistir tantos elementos de muerte, de desolacion y esterminio. Sentíase ya entonces en la plaza, dice el historiador Maldonado, la mayor escasez; el bombardeo llevaba ya tres semanas, y la epidemia se estendia tan rápidamente, que morian 350 personas



EPIDEMIA EN ZARAGOZA.

diariamente, sin contar las víctimas de los azares de la guerra. Los medicamentos faltaban, y no habia ni colchones ni carne para los enfermos; cuyas circunstancias, unidas al aire impuro que se respiraba, hacian que con facilidad se gangrenasen las heridas. *Ni aun tierra para enterrar los muertos se encontraba*: yacian estos hacinados en grandes fosos en las calles, en los patios y delante de las iglesias, cubiertos con sábanas, los cuales á veces destrozados y esparcidos por la explosion de las bombas, ofrecian el mas horroroso espectáculo. Parecia haberse hecho ya cuanto exigian las leyes del honor: se habian sostenido diversos asaltos: el enemigo estaba ya establecido en varios puntos dentro de la poblacion, y no habia esperanza alguna de socorro. Las balas y granadas inutilizaban y arruinaban todas las defensas, y alcanzaban á todo el ámbito de la ciudad; las minas cargadas estaban á punto de poderse dar fuego y derribar las casas, y la epidemia tenia su foco en los únicos asilos que se hallaban á cubierto de los estragos de la guerra. Tal era el lamentable estado de la capital de Aragon; pero ni su guarnicion ni sus habitantes se consternaron por eso: inflexibles siempre, si alguna vez paraban su imaginacion en su miserable suerte, era para acrecentar su valor y desesperacion; y aunque viesen su ruina inevitable, no juzgaban satisfecho su honor, ni cumplido el juramento que con el mayor entusiasmo habian prestado de sepultarse ha-

(2) *Victoires, conquêtes, etc., des francais*, en el tomo citado.



jo las ruinas de su desgraciada patria. Despreciaron, pues, todas las ofertas de capitulacion, y con una resolucion tan noble como unánime, hicieron ver al mundo cuán estrechos son los limites que se han fijado á la defensa de las plazas, y hasta donde puede prolongarlos una enérgica resolucion de morir antes que rendirse (1).

El lector no debe estrañar las repetidas citas con que está recargado este capítulo. El autor ha nacido en Aragon, y desde una noche tan gloriosa como inmerecida para él, no puede menos de considerarse como un hijo adoptivo del gran pueblo cuyos altos hechos refiere. Deseoso de evitar al contarlos mostrarse mas entusiasta de lo justo, ó dejarse llevar de arrebatos que hasta cierto punto, rechaza la impasible gravedad de la historia, se refiere con frecuencia á escritores que no tienen los mismos motivos de extravio patriótico que él. Una consideracion tan poderosa hará que los lectores nos permitan concluir el presente capítulo, vertiendo al castellano palabras que nadie acusará de parciales á favor de la nueva Numancia. Desde ahora no somos nosotros, son los ya citados autores de la obra titulada *Victoires, conquêtes, etc. de francais*, los que prosiguen la narracion de aquel sitio para siempre inmortal. Lo único que nos permitiremos será acompañar el relato con las notas que creamos oportunas, ya sea para deshacer alguna equivocacion, ya para ilustrar algun hecho que no hallemos bastante esclarecido.

El día 1.º de febrero, dicen los mencionado escritores, refiriéndose al baron Rogniat, fué señalado por los progresos de los sitiadores, los cuales se hicieron dueños del convento de San Agustin (2), junto con cierto número de casas, siendo muy notable tambien por la pérdida lamentable que el ejército francés experimentó en la persona de Lacoste, general de ingenieros. Este guerrero de alta distincion recibió un golpe mortal cuando marchaba al frente de las tropas á apoderarse de las casas que habia destrozado una mina practicada mas arriba de Santa Engracia.

No pudiendo darse á Lacoste sucesor que fuese mas digno que el coronel Rogniat, fué á este confiado en seguida por el mariscal Lannes el mando en gefe del ejército de ingenieros.

La esperiencia habia hecho conocer á los sitiadores que las casas, destrozadas completamente por la explosion de los hornillos de mina, servian con frecuencia de obstáculo al progreso de los ataques, dado que, careciendo de cubierto, no podian los franceses atravesar estas ruinas sino con mucha dificultad y peligro. El coronel Rogniat hizo calcular la carga de los hornillos de modo que pudieran abrir brecha sin destruir del todo las casas, empleándose las minas con particularidad para abrir los muros (3) de los conventos y otros grandes edificios, que formaban como otras tantas ciudadelas en el interior de la ciudad.

El 2 recobraron los franceses algunas casas de que en el dia anterior habian si-

(1) MALDONADO, *Historia política y militar de la Guerra de la Independencia*, tomo II, cap. VIII.

(2) La víspera de este acontecimiento se habian apoderado los franceses del convento de Santa Mónica, inmediato al de San Agustin, á favor de la abertura hecha por la explosion de un petardo, consiguiendo igualmente penetrar en algunas casas vecinas. Los nuestros por la tarde comenzaron desde San Agustin á disponer una mina para volar el otro convento; pero los franceses se apercibieron de ello, é inutilizaron la mina en el instante crítico de estar ya cargado el hornillo para hacerla reventar. El 1.º de febrero cargaron los franceses por su parte otro hornillo que voló la pared de medianía entre ambos conventos, tras lo cual se introdujo por la brecha una columna enemiga, y sorprendiendo por la espalda las cortaduras y atrincheramientos de los defensores de San Agustin, se hicieron dueños de este edificio que no habian podido tomar por asalto los dias 28 y 29. Vuelto los nuestros de su sorpresa, intentaron reconquistarlo, pero ya no pudieron conseguirlo.

Los dias que precedieron á la toma de los espesados conventos fueron señalados tambien por la memorable defensa de las tenerias, la cual nos costó cerca de 1400 hombres entre muertos y heridos y 60 artilleros. Fué uno de los acontecimientos mas gloriosos, como dice Marin, de cuantos tuvieron lugar, no solo en aquel asedio, sino en las demas plazas de la Península. El comandante de dicho punto D. José Miranda y el de las baterias D. Joaquin de Montenegro, rivalizaron en pericia, serenidad y valor durante la espesada defensa.

(3) O paredes.



do lanzados. Los minadores avanzaron por tres galerías hasta situarse cerca del convento de las monjas de Jerusalem; pero notando que el enemigo contraminaba, cargaron apresuradamente uno de sus hornillos, antes que hubieran conseguido llegar debajo del edificio. Esta esplosion motivó la caída de algunas barracas, y los minadores españoles quedaron sepultados en la abertura. Los franceses comenzaron al instante la construcción de nuevas galerías. En aquella ocasión fué herido el coronel Rogniat; pero no de tal gravedad, que le obligara á abandonar el mando. Reparóse la brecha abierta en el convento de Capuchinos, haciendo en ella un espaldón de sacos á tierra; y á la izquierda de este edificio construyóse también una batería de seis piezas para contrabatar las baterías enemigas.

En los cuatro días siguientes avanzaron los franceses, por galerías y traveses, hasta la calle de *Enmedio*. El enemigo se mantenía con tenacidad en un colejo llamado las Escuelas Pías (1), por serle necesario este edificio á fin de conservar algunos traveses que servían de defensa á la espaciosa calle del Coso. Las casas vecinas estaban ardiendo, y esto hacia casi imposible el acceso á dicho colejo. Los españoles habían tomado el partido de pegar fuego á las casas que se les obligaba á abandonar, á fin de que el incendio estableciese una barrera entre ellos y los franceses, mientras preparaban mas lejos nuevos medios de defensa. La combustión de las casas de la ciudad, construidas con poca madera, es lenta y difícil, y no se comunica sino poco á poco. Los sitiadores se veían obligados á apagar el fuego bajo una lluvia de granadas, ó á esperar á veces muchos días, hasta que las llamas consumiesen totalmente las casas, antes de pasar adelante.

Los polacos habían conseguido establecerse en una casa del Coso; pero una batería enemiga, situada enfrente, los hizo salir de allí. Los franceses se apoderaron de varias manzanas de casas delante del convento de Agustinos, abriendo los muros unas veces con petardos, otras con minas, otras á la zapa, y otras atravesando, al abrigo de los espaldones, las calles enfiladas por el fuego enemigo.

El general Dedon había hecho introducir en la ciudad varios morteros pequeños de seis pulgadas, los cuales se podían trasportar fácilmente á los puntos en que eran necesarios. Asestadas en la calle de Santa Mónica dos piezas de á 12, batieron al otro lado del Coso una torre en la cual había el enemigo colocado una pieza de á 4. El mismo Dedon hizo situar un obús al extremo de la calle de la Puerta Quemada, destinándolo á barrer una parte del Coso. Estos fueron los dos únicos sitios en que la artillería pudo obrar.

El ataque del centro hizo progresos. Los españoles habían pegado fuego á las casas que separaban á los franceses del convento de las monjas de Jerusalem; pero los zapadores y los *voltigeurs* del regimiento 115 no se detuvieron por eso, puesto que pasando á través de las llamas, atacaron al enemigo antes que hubiera podido fortificarse bien en el convento, entrando en este mezclados en desorden con él, persiguiéndole vivamente por los corredores, matándole dos oficiales y varios soldados, y haciéndose dueños de todo el edificio, del cual era una parte presa de las llamas. Dos hornillos preparados contra el hospital de locos dieron por resultado una brecha, la cual permitió á los franceses ocupar los dos tercios de este edificio, el cual desde el sitio anterior no era mas que un montón de ruinas. *Los franceses en medio de eso no pudieron llegar hasta el Coso* (2).

Fácil parecía entretanto un nuevo ataque por la puerta del Cármen, de que eran dueños ya los sitiadores; pero el mariscal Lannes no tenía bastantes tropas para intentarlo (3). En efecto: la fuerza y disposición de las divisiones con que se sitia-

(1) Eran las del Seminario, sitio cerca del cual se verificó la terrible esplosion del primer sitio, cuando se voló la pólvora que estaba almacenada allí.

(2) Lentos eran, pues, y muy lentos, los progresos que hacia el enemigo en el tal ataque del centro.

(3) Respecto de esto, véase lo que decimos dos notas mas adelante.



ba una guarnicion de 50,000 hombres de tropas regladas (1), eran las siguientes: el general Morlot, que con su division y el regimiento 40 (de la division Suchet) con que el general Lannes la habia reforzado, no contaba bajo sus órdenes mas de 5,000 combatientes, bloqueaba el castillo de la inquisicion (*la Aljaferia*) y la parte de las tapias de la plaza desde el Ebro hasta el convento de Capuchinos, donde habia un fuerte destacamento, siéndole imposible por tanto distraer un solo batallon para ningun otro servicio. La division Gazan, fuerte de 8,000 hombres, tenia bastante que hacer con el bloqueo del arrabal, en la orilla izquierda del Ebro. La division Suchet, segun se ha visto, formaba un cuerpo de observacion para ocupar el campo y disipar las cuadrillas (*rassemblements*) esterioros. No quedaban, pues, para atacar la ciudad sino las dos divisiones Meusnier y Granjean, las cuales reunidas no pasaban de 9,000 combatientes (2). Estas tropas estaban de servicio por mitad en el interior de la plaza, de suerte que no podia nunca disponer de mas de 4,500 hombres para la totalidad de los trabajos, la guarda de las casas ocupadas y los ataques continuos. Nosotros hemos dicho ya que la ocupacion de cada casa costaba un asalto (3). Las dos divisiones de que hablamos estaban fatigadas, y *el soldado comenzaba á desalentarse ante obstáculos sin cesar renacientes, mientras mostraba siempre el enemigo la misma resolucion.*

Temiendo el 7 los españoles una esplosion próxima, evacuaron el edificio de las Escuelas Pias, despues de pegarle fuego, y esta evasion decidió el abandono de los dos traveses en el Coso. Los trabajos de mina para llegar debajo del convento de San Francisco fueron menos felices: los minadores se vieron obligados á abandonar sus galerias, merced á las granadas de mano que les lanzaba el enemigo.

El mismo dia 7 atacó el general Gazan en la orilla izquierda el convento de Jesus, edificio importante situado delante del arrabal, á la izquierda del camino de Lérida. Desde el principio del sitio habia insistido el general Lacoste en lo impor-

(1) Rogniat no dice 50,000, sino 35,000 solamente, por lo cual se ve que los autores cuyo texto vertemos al castellano aumentan nuestra tropa reglada con 15,000 hombres mas, siendo así que estos eran *paisanos*, segun el precitado baron. Pero aun así falsea la aritmética de los escritores franceses. La tropa verdaderamente reglada que existia en Zaragoza no pasaba de 11,000 hombres por mucho que se estire la cuenta, siendo el resto hasta 28 ó 30,000, número que nosotros fijamos, gente levantada de prisa, sin táctica ni instruccion alguna, perteneciente á los tercios de Zaragoza, Calatayud, Huesca y otros partidos del reino. Los paisanos armados no eran tampoco 13,000, como dice el baron Rogniat, sino de 8 á 10,000 solamente. (Véanse las MEMORIAS del coronel Marin y su FE DE ERRATAS á la historia de ALCAYDE.)

(2) Total: 31,000 hombres, contando la division de Suchet. A ser este el número de las tropas francesas en la época á que se refiere la narracion, deberiamos inferir que por aquel entonces habian perecido ya delante de Zaragoza en este segundo sitio 19,000 hombres por lo menos, dado que «*aun disminuido en algo por la baja de 9,000 hombres de la division que se llevó el mariscal Moncey, y por alguna otra saca ó estraccion de poca entidad (QUE LUEGO SE REPONIA Y LLENABA CON OTRAS VARIAS PARTIDAS Y DESTACAMENTOS DE LAS TROPAS DE NAVARRA, COMO FUE NOTORIO) nunca bajó el ejército francés de 50,000 ó MAS COMBATIENTES, tanto en el asedio de la plaza, como contando los que les servian de apoyo, y les auxiliaban recorriendo y batiendo el campo, y cubriendo su retaguardia, sus flancos y comunicaciones, que nunca pudieron ser obstruidas, ni interceptadas, pasando siempre libremente sus convoyes, sin inquietarseles ó poder oponerse á su tránsito, por sus crecidas escollas y la inferioridad é inesperienza de nuestras partidas.*»—MARIN, *Fe de Erratas*, pag. 46.

Mas adelante veremos hasta qué punto hace incurrir en contradicciones el prurito de disminuir los escritores franceses las fuerzas del ejército imperial, aumentando tanto las nuestras.

(3) «Cada casa, cada edificio (dice Maldonado) costaba tres ataques formales: uno para aproximarse, otro para posesionarse del interior (*este era el asalto*), y otro, que era casi siempre el mas obstinado y difícil, para establecerse en las ruinas.»

«Defendian los españoles (dice tambien el baron Rogniat, citando un ejemplo) una torre sin salida, que era indispensable petardear para abrirse paso; mas no fué posible desalojar de ella á los sitiados sin arrojar muchas bombas en los aposentos mismos que ocupaban. Habiéndose desplomado á la esplosion de una de ellas todas las bóvedas hasta el sótano, los polacos se descolgaron á él con cuerdas, y vieron á las manos con los españoles que se defendian todavia, siendo preciso para triunfar de su constancia recurrir á un valor feroz que, peleando en medio de las tinieblas, perseguia á los enemigos entre las mismas ruinas, para medir con ellos sus fuerzas ó quedar sepultados indistintamente.»

Por este hecho se puede inferir hasta qué punto era terrible la guerra que se hacian unos y otros en la disputa de los edificios.



tante que era posesionarse del arrabal, para estrechar la guarnicion en el recinto de la ciudad, y sobre todo para estender libremente los ataques á lo largo del rio hasta el puente, batiendo en brecha sucesivamente todas las casas que dan al pretil, por medio de baterias situadas en la orilla izquierda. En consecuencia de aquel dictámen, habiase intentado un ataque á viva fuerza contra el precitado arrabal el dia 24 de diciembre, mas ya hemos dicho que no tuvo éxito. No teniendo el general Gazan antes de la llegada de Lannes órden de cooperar activamente á los trabajos del sitio, se habia limitado á un bloqueo poco riguroso hasta el 24 de diciembre; pero el mariscal general en jefe hizo cesar este órden de cosas. Fué, pues, enviado para abrir la trinchera delante del arrabal el coronel de ingenieros Dode la Bruniere en la noche del 31 de enero al 4.º de febrero; y construidas las paralelas y las baterias, y habiendo el general Dedon hecho pasar á ellas artilleria, dispararon el 7 veinte bocas de fuego contra el dicho convento de Jesus, bastando dos horas de fuego para destrozár este edificio aislado, desprovisto de toda defensa de obras de tierra, y para lanzar de alli 400 hombres que se hallaban en él.

Los *volligeurs* del regimiento 28 de infanteria ligera, reunidos en la paralela, marcharon sobre el convento, y penetrando por la brecha, se apoderaron de todo el edificio sin gran resistencia, ocupando dos piezas de cañon y una bandera. La órden que se les habia dado era que se detuviesen alli; pero llevado un oficial de un ardor inconsiderado, marchó al frente de algunos *volligeurs* hácia un reducto situado junto á los muros del arrabal (1). No sosteniéndolos nadie, fueron estos valientes rodeados y muertos casi todos ó hechos prisioneros, contándose entre los primeros el oficial. El convento en que se retrincheraron los franceses quedó almenado á la parte que miraba al enemigo; hizose una comunicacion para llegar hasta él á cubierto, y se establecieron alojamientos á derecha é izquierda en la orilla derecha.

Los dias 8, 9 y 10 durante la noche intentaron los franceses pasar al otro lado del Coso por medio de una doble caponera al estremo de la calle de *Enmedio*, y este paso se hallaba sostenido por un puesto establecido en una casa arruinada al otro lado de la calle; pero al llegar el dia, pareció este trabajo harto imperfecto para poderse mantener en él, y hubo que retirar el puesto junto con los trabajadores. Apercibido el enemigo de este movimiento, avanzó hácia los franceses, mató al capitán de ingenieros Joffrenot que habia dirijido el ataque, y hasta lanzó á los sitiadores de varias casas, que no pudieron ser reconquistadas á continuacion sino con muchas dificultades.

Caminando segun las circunstancias, con ayuda de la zapa, de los petardos ó de las minas, fueron apoderándose los franceses de varias manzanas de casas (2).

Situados los minadores en los sótanos del Hospital de locos para atravesar la calle de Santa Engracia, habian por fin conducido una galeria hasta cerca del convento de San Francisco, cuando el mayor Breuille, que con tanta diligencia como actividad dirijia los trabajos de mina, hizo prontamente cargar el hornillo con 5,000 libras de pólvora, dándole fuego á continuacion, despues de haber atraído á los españoles con varias demostraciones de ataque al alcance de su esfera de actividad. La explosion fué terrible y voló una parte del convento. Una columna, compuesta de zapadores dirijidos por Valacé, jefe de batallon de ingenieros, y de un batallon del regimiento 115 conducido por el coronel Dupéroux, salió entonces de las ruinas del Hospital, pasando la calle de Santa Engracia, á favor de un través abandonado por el enemigo. El convento fué acometido, y cuantos españoles habia en su recinto fueron perseguidos con las bayonetas al pecho. Estos volvieron por la noche á ver de recuperar un punto de tanta importancia para ellos, y apoderándose

(1) Obras de defensa levantadas de prisa, porque el arrabal de Zaragoza en su estado normal, no solo carece de muros, sino hasta de tapias tambien.

(2) Con ayuda de la zapa, de los petardos y de las minas (los mismos franceses lo dicen); y para eso caminando á palmos y sin poder cruzar el Coso.